

—Me gustan las cigüeñas —comentó—. Son aves del mundo clásico. Las cigüeñas realzan los encantos de los monumentos de Extremadura, que yo quiero dar a conocer fuera de la región.

En 1920 ocurrió un suceso sensacional: el hallazgo del Tesoro de Aliseda. Unos obreros, sacando tierras para hacer ladrillos en las inmediaciones del citado pueblo, cercano a Cáceres, encontraron un depósito de objetos de oro del período fenicio. Eran las joyas de una dama: diademas, pendientes, brazaletes, anillos... Algo verdaderamente excepcional, por su extraordinario valor arqueológico e intrínseco.

En este asunto —hay que decirlo todo— la actuación de Mérida no fue muy correcta. Lo relativo al rescate del tesoro y a su estudio, lo realizó, con ímprobos trabajos y sacrificios, pues las joyas se habían dispersado, don Miguel Ángel Orti Belmonte. A él corresponde íntegro el mérito de que tan importante hallazgo se salvara de la pérdida y pueda ser admirado hoy en el Museo Arqueológico Nacional. Cuando todo estaba hecho, Mérida posó su vuelo en Cáceres, para emprender el retorno a Madrid con el tesoro y presentarlo como mérito propio en su informe a la Real Academia de la Historia y en sus publicaciones. Orti Belmonte, hombre extraordinariamente preparado, pero tímido y sencillo, quedó en la penumbra, siendo el real protagonista del episodio.

Fue el único fallo en la gran labor desarrollada en Extremadura por don José Ramón Mérida, el arqueólogo infatigable y meritisimo que tanto hizo en esta región. Mérida, la Emérita Augusta romana, vuelta a surgir gracias, principalmente, a su esfuerzo, es el milenario poema de piedra que mantiene hoy vivo su recuerdo, ese recuerdo que para mí lo simbolizan —viajeras, como él— las blancas y gallardas siluetas de las cigüeñas...



Figuras desaparecidas

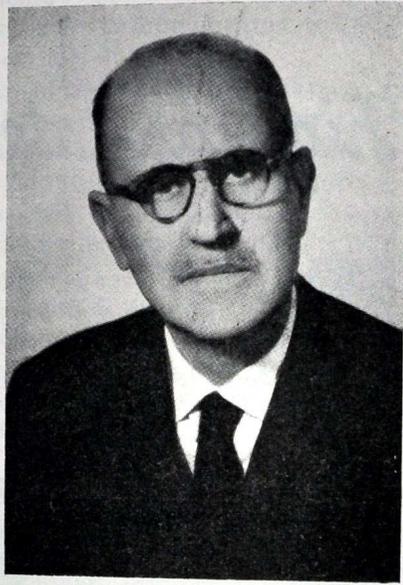


En la última hora de nuestro número anterior, aludimos al fallecimiento del gran polígrafo, académico y catedrático extremeño don Antonio Rodríguez-Moñino, suceso que ocurrió en Madrid el 20 de Junio.

Ponderar la magnitud de esta prócer figura de nuestras letras, no puede hacerse en pocas líneas. La pérdida de Rodríguez-Moñino es una desgracia de carácter nacional y si nos circunscribimos a Extremadura, el vacío que deja en su escuela república literaria, hay que decir que es inmenso. Nuestra revista fue siempre muy querida del extinto y a mayor abundamiento podemos decir que parcialmente a inspiración suya se debe el remozamiento que estamos intentando instaurar en esta publicación. «ALCÁNTARA» pues, no puede limitarse a delinear una nota necrológica o una biografía por extensa que sea, de la esclarecida figura del académico badajocense. Por este motivo dedicaremos un número, que ayudando Dios será el próximo, a procurar que nuestros lectores conozcan el alma, la vida y el trabajo de Rodríguez-Moñino, a través de las más autorizadas plumas de sus compañeros de trabajo, todos ellos relevantes literatos o investigadores de la erudición nacional. Premuras de tiempo y lo inapropiado de la estación veraniega, nos obligan a aplazar este homenaje que hubiéramos querido realizar de inmediato.



Hemos de aprovechar esta ocasión también para ofrendar el más cariñoso recuerdo al que fue durante muchos años director de nuestra revista, don Pedro Romero Mendoza, de cuya pérdida irreparable se ha cumplido en el pasado mes de Agosto, el primer aniversario. Romero Mendoza fue también un erudito de talla, pero con un modo de trabajar silencioso y benedictino, lo que no le impidió publicar interesantísimas obras y ganar el importante «Premio Cartagena», de la Real Academia Española.



Por último, también se cumple aniversario en estas fechas del fallecimiento de don Arsenio Gállego, catedrático de Cáceres e implícito cultivador de la vena literaria. En otro lugar de este número podrá ver el lector una completa biografía de esta simpática figura de la vida docente cacereña, debida a la documentada pluma de Gutiérrez Macías.

«ALCANTARA» dedica estas líneas de dolorido homenaje, a las viudas de los tres literatos, entrañables compañeras en el trabajo de sus ilustres esposos, doña María Brey, doña Eladia Montesino-Espartero y doña Mercedes Cantero, respectivamente.

Quiera el cielo dar a los preclaros desaparecidos el descanso y la gloria que sus servicios a la patria merecieron.



Plamada

a los

poetas

¡Cómo vuela, en gris, el alma generosa
del poeta que advierte
la sangrante herida de la desigualdad!

Y siente en sus entrañas
galopes de centauros
que inyectan en sus venas el ansia irrefrenable
de ofrecer, con dureza, el haz de la verdad.

El poeta ha olvidado la luz y la armonía
cegado en un paisaje de pus y de metralla.
¡Angustia de miseria
que recoge, del hambre,
con vestido de muerte, su pálida agonía!

El poeta ha olvidado
el corazón abierto de la vida al Amor
que lanza sus semillas al futuro
con música de estrellas.